



aval de Rota, en la provincia de Cádiz.

una guerra de trincheras, lenta, encubierta, y no por ello menos implacable. En estas condiciones, plantear una ruptura radical de Europa con los Estados Unidos es una utopía peligrosa a corto y medio plazo, que puede desencadenar graves consecuencias en la historia interior de cada país europeo. Lo que no está fuera de la lógica es que en la medida en que nuevas fuerzas sociales y políticas asumen el protagonismo histórico que les corresponde, corrigen lenta y progresivamente esas relaciones de dependencia. El momento actual de las naciones europeas pasaría por una racionalización total de los estatutos de su organización social interna y de sus relaciones con el sistema, en el que se han visto inmersas, según las consecuencias de la última guerra de redivisión imperial: la segunda guerra mundial.

Si Europa quiere dejar de negociar con USA de rodillas y pasar a negociar de pie, ha de dar papel político a fuerzas de recambio. Y que no se caiga en el justificante barato del «antiamericanismo» como ideología sistemática. Una es la América de Theodore Roosevelt, Nixon, la United Fruit Company y John Wayne. Otra es la América de Eugene McCarthy, Joan Baez y Spencer Tracy. Los pueblos no tienen maldades congénitas. Son las situaciones históricas las que dividen a los pueblos en verdugos y víctimas. Pero sólo la estupidez histórica puede hacer que los pueblos víctimas se resignen a tan incómodo papel.

Sólo para agentes de la C. I. A.

Por lo visto, recorren España unos doscientos agentes de la CIA

disfrazados de latinoamericanos. Nos clasifican y nos cuentan. ¿Cuántos españoles leen «Arriba»? ¿Cuántos españoles leen «ABC»? ¿Cuántos españoles leerían «Mundo Obrero»? Sobre el destino de esos datos no hay ningún misterio. Son datos que asesoran a mister Ford a la hora de instalar una planta industrial en Valencia y asesoran al secretario de Defensa USA a la hora de conceder o no determinado material bélico.

Este ha sido el fruto normal del espionaje político de los agentes de la CIA. Pero es posible que esos doscientos agentes de la CIA aceptados por la prensa norteamericana, no sólo clasifiquen y cuenten, sino que también traten de actuar en consecuencia. El dólar ha perdido valor, pero sigue siendo una excelente moneda para comprar en cualquier parte. Estimulado por esta constatación, quisiera dedicar la parte final de este artículo a los agentes de la CIA, que me estarán leyendo. Vigilen sus inversiones. Por ahí anda suelto mucho fantasma capaz de practicar el timo del **tocho**, hasta con los agentes de la CIA o el mismísimo James Bond si se terciara. Mucho desaprensivo les va a sacar los cuartos, prometiéndoles desvelar todos los velos que impiden la contemplación de la hispánica Verdad, con mayúscula. Y a la hora de la verdad, de toda la verdad, es posible que sólo les enseñen un viejo arquetipo de matrona celtibérica con más moño que cara y más trasero que cuerpo.

Pero en la calle, sin gastarse un duro, pueden descubrir la verdad de la España actual. Un cuerpo joven y suelto, carnal, con más ganas de descubrir que de recordar. Un cuerpo de muchacha dorada y veloz. El cuerpo de la libertad. ■ M. V. M.

Los Contem pora neos

CIVILIZACIÓN Y CULTURA

Quando escucho la frase, tan repetida, de que "hay que salvar a nuestra civilización", tiemblo. ¿Quiénes irán a morir? Acaba de pronunciarla Waldheim, secretario general de las Naciones Unidas, en la conferencia mundial de ali-

mentación de Roma. Pensaba yo que aquella conferencia estaba hecha para tratar de salvar las civilizaciones de los demás, y he aquí que de lo que se trata es de dar de comer a esos desventurados para salvar nuestra civilización. Durante siglos, nuestra civilización ha hecho todo lo posible por fragmentar la de otros. Se ha construido sobre sus cadáveres, y el hambre que ahora pasan es la saciedad y la riqueza de Occidente. Y su adorno. El obelisco de la concordia de París y sus salas del arte precolombino en el Museo del Hombre, la aguja de Cleopatra en Londres y los tesoros de su Museo Británico, eran sus civilizaciones. Depredadas, aplastadas, humilladas, tergiversadas. Cuando hablamos, en Europa, de nuestra civilización, estamos hablando de los despojos de las otras.

"Civilización" ha venido a ser un concepto notablemente equivoco. Basada en lo civil, en lo cívico (agrupación en ciudades, ayuda mutua, aportación de todos a todos, organización colectiva de vida) se ha convertido en la acumulación épica de las grandes hazañas de guerreros: "romper muros y rasgar banderas", como en el verso de Lope.

En la politización del lenguaje, que no falta para cada concepto, "civilización" se ha convertido en un término conservador, diríamos derechista; mientras que cultura (un sinónimo que desde luego no lo es) se ha izquierdizado y lleva un contenido de progreso. Civilización viene a ser una reclama-

ción de destino, una elevación a definitivo de lo biológico y lo genético, un cuadro de valores que viene de la antigüedad y se proyecta hacia el futuro. Los exaltados de la civilización se apoyan en castillos, catedrales, leyendas,

heroismos, viejas banderas, fechas insignes, apariciones, magias, supersticiones, intolerancia, morales, verdades eternas. Los partisanos de la cultura suponen que la aportación social está por encima de la genética. Creen en el pueblo y en el folklore, en las artes y las letras, en la imaginación; creen que las verdades sólo son válidas en el momento en que se aplican a una realidad, pero pueden no haberlo sido antes y pueden no serlo después.

Sería, quizá, una división similar a la de apolíneo y dionisiaco, que estuvo tan en boga después de la invasión de la cultura germánica. Los pueblos, se decía entonces, tienen oscilaciones periódicas, tienen ciclos: ora se inclinan hacia lo dionisiaco, ora hacia lo apolíneo. A la magia o a la lógica. A la civilización o a la cultura. En nuestro remedo, en nuestro lenguaje de andar por casa —y andar mal—: la lucha entre la apertura y el cierre.

Quizá los términos de civilización se estén imponiendo ahora sobre los de la cultura. A fin de cuentas, como siempre. A lo largo de los siglos, los periodos de esplendor de la cultura son cortos, y se les llama "de oro" o "dorados", por su excepcionalidad. "Dichosa edad y tiempos aquellos a los que los antiguos dieron el nombre de dorados"...

Todo lo demás, es civilización. Es curioso que siempre haya que estar salvándola o defendiéndola. ¿De quién? Quizá de la cultura. ■

POZUELO